

Domingo 13 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?

Él se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea. Mientras iban de camino, le dijo uno: Te seguiré a donde vayas.

Jesús le respondió: Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.

A otro le dijo: Sígueme.

Él respondió: Déjame primero ir a enterrar a mi padre.

Le contestó: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios.

Otro le dijo: Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.

Jesús le contestó: El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios.

Palabra del Señor

Homilias

(A)

Decíamos el domingo pasado que es peligroso sentirse cristiano de "toda la vida", porque ser cristiano no es tener fe, sino irse haciendo creyente.

La vida cristiana no podemos concebirla de una manera estática sino que es un proceso de crecimiento y seguimiento continuo. Por eso quizá deberíamos decir que somos cristianos, pero

sobre todo, que nos vamos haciendo cristianos en la medida en que nos atrevemos a seguir a Jesús.

Después de la confesión de Pedro que escuchábamos el domingo pasado: "Tú eres el Mesías", Jesús llama a Pedro y a sus compañeros a seguirle, a ir con él.

Pero Jesús parece mostrarse muy radical, muy exigente con aquellos tres hombres que quieren seguirle...

"Las zorras tienen madrigueras...vosotros si me seguís no tendréis ni dónde reclinar la cabeza..."

"Déjame ir a enterrar a mi padre..." deja que los muertos entierren a sus muertos..." "Déjame despedirme de mi familia..." "El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino". Y ello nos plantea un interrogante: ¿Será preciso ser un héroe o un santo para ser seguidor de Jesús?

Cuestión decisiva para nosotros, porque me imagino que entre nosotros hay pocos héroes y santos, pero también es verdad que queremos seguir a Jesucristo.

Si para ser cristiano, para ser seguidor de Jesucristo es necesario ser un héroe o un santo, tendríamos que concluir que la tarea supera nuestras posibilidades.

Las exigencias de Jesucristo son radicales. Pero también nos dice el evangelio que quienes de hecho le seguían (los apóstoles, las mujeres que iban con él, los otros discípulos...) no eran héroes ni ejemplos de perfección.

Hoy mismo hemos leído que Santiago y Juan querían que bajara fuego del cielo para acabar con aquella gente de un pueblecito que no había querido recibirles. Cuántas veces encontramos en los evangelios muestras de cobardía, de incompreensión, de vanidad, de peleas entre los apóstoles... todo eso que con tanta frecuencia se da también entre nosotros que somos seguidores de Jesús...Y no por ello Jesucristo les rechaza o les niega que puedan ser discípulos suyos.

¿Cómo unir estos dos aspectos? Por una parte la exigencia radical para seguirle y por otra, el que quienes le siguen sean de hecho mujeres y hombres con sus defectos y pecados.

¿Dónde coloca Jesús su radicalidad? Jesucristo no exige que Pedro o Juan o Santiago o cualquiera de quienes le siguen se

transformen en un momento en héroes o en seres perfectos. Pero lo que sí exige es que no pongan condiciones para seguirle, que no se reserven nada. Es decir que confíen ilimitadamente en él, que estén dispuestos a dejarse transformar por él...

Éste es seguramente nuestro problema: que hay zonas en nuestra vida que queremos reservarnos para nosotros, que aceptamos a Jesús juntamente con otro montón de cosas, y muchas veces al mismo nivel o, incluso aceptamos a Jesús por debajo de otros valores. Y le ponemos condiciones:

En esto o en aquello, que ni Jesús, ni la religión, ni la fe se metan...

Y así nos encontramos con muchos creyentes que han compaginado su vida cristiana, con una vida consumista y despilfarradora en la que únicamente buscan el disfrute personal, olvidando la exigencia radical de la generosidad y del compartir. Nos encontramos con cristianos que compaginan su vida cristiana con una vida en la que se busca el placer, y en la que se utiliza a los demás como objetos que nos producen ese placer...Nos encontramos con cristianos que dirigen los pueblos que compaginan su fe, con las bofetadas más descaradas a los más elementales derechos humanos... Nos encontramos con países cristianos...que compaginan su fe con una vida cada vez con más necesidades creadas por nuestro mundo consumista...y que olvida que hay otro montón de gentes que no tienen lo más elemental. Y así nos encontramos también con nosotros que nos reservamos ciertas zonas de nuestra vida, en la que de ninguna manera queremos dejar que entre Jesús con sus exigencias: nuestro modo de comportarnos a la hora de ganar dinero, o de querer dominar y servirnos de los demás, nuestra relación de cada día a veces dura y de mal humor con los de casa, nuestros odios o recelos hacia personas que viven cerca de nosotros Y así estas zonas se convierten en cáncer de nuestra vida cristiana...porque el problema es que no dejamos circular a Jesucristo por ellas y entonces por ellas no circula la savia de la Vida de Jesús.

Hemos aprendido los cristianos de nuestro tiempo a colocar: a Jesús al mismo nivel que otros muchos valores e intereses que hay en nuestra vida...Y hacemos que en nuestra vida haya un

montón de compartimientos para cuando nos interese en cada momento.

La radicalidad que hoy nos plantea Jesús a sus seguidores, es que él sea el valor fundamental por encima de todos los demás...Que desde él aprendamos a vivir y a organizar toda nuestra vida. Que nos dejemos transformar por él en esas zonas que aún tenemos reservadas y por las que no termina de circular su savia...

(B)

El pasaje evangélico, entendido aisladamente, sin referencia al resto del Evangelio, podría parecer un tanto masoquista, fruto de una moral fundamentalista.

A los que se han dejado fascinar por Jesús y su causa no les duele el desprendimiento ni la renuncia, aunque parezca heroica.

Conociendo con claridad el tesoro y la perla, la abundancia y la alegría del banquete del Reino, para gozar de ellos es preciso pagar el precio, como hizo el comprador del tesoro: se deshizo absolutamente de todo.

Reafirmando esto, decía con palabra encendida el gran filósofo cristiano Soren Kierkegaard: "Que cada uno vea claramente lo que significa ser cristiano y elija con toda rectitud y sinceridad si quiere serlo o renuncia a ello. Que se advierta solemnemente al pueblo esto: Dios prefiere que confesemos honestamente que no somos ni queremos ser cristianos. Ésta es, quizá, la condición que nos permitirá llegar a serlo. Dios prefiere esta confesión a la náusea de un culto que es burla de él". ¿Quiere decir, entonces, que el cristiano ha de ser una persona impecable, que cualquier tropiezo es una apostasía de la fe? De ninguna manera. Dice bellamente M. Quoist: "No importa caer en el camino; lo que importa es tener clara la meta a donde vamos". Lo malo sería que hiciéramos ediciones acomodadas, contemporizadoras, infantiles del Evangelio, o escribiéramos evangelios apócrifos para legitimar posturas, criterios, actitudes o comportamientos.

Uno de los mayores teólogos actuales, J. B. Metz, afirma que el gran desafío que tenemos los cristianos de Europa es decidimos entre *una religión burguesa* o *un cristianismo de seguimiento* de Jesús. Como ha dicho alguien con ingenio, se trata de vivir hoy

"con el aire de Jesús" y no "al aire que más sopla". Un cristianismo reducido a unos pocos ratos y a unos pocos ritos religiosos vale para muy poco o para nada. Como se ha dicho tantas veces, de un cristianismo reducido a media hora dominical no hay que esperar gran cosa. "¿Qué influencia puede tener en las personas una religión que no exige más que tres cuartos de hora los domingos?", razonaban unos muchachos en un debate juvenil.

CONDICIONES DEL SEGUIMIENTO

Las exigencias de Jesús para seguirle suenan muy duramente a los oídos y, mal entendidas, pueden producir la idea de un Jesús sin entrañas. Las expresiones tan duras de Jesús hay que entenderlas en sentido metafórico. Son expresiones orientales, intencionadamente exageradas para poner más de relieve el mensaje que quiere comunicar. Con ellas pretende señalar la radicalidad con que es preciso seguirle.

Jesús no fue inhumano; al contrario, fue el más humano de los humanos. Su vida fue un continuado gesto de ternura. No pudo contener las lágrimas ante la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,35). Jesús defiende el amor y el cuidado de los padres ancianos (Mt 7,9). Lo que quería y quiere decirnos es que nadie, pero menos sus discípulos, ha de dejarse atrapar por una familia posesiva, sino que cada miembro ha de hacer su opción libre, que la familia no puede condicionar su llamada a seguirle y a trabajar por el Reino.

La primera condición que señala Jesús para su seguimiento es la *paciencia y la misericordia*, la liberación de todo fanatismo, encarnado en los "Hijos del Trueno", que quieren que caiga un fuego apocalíptico sobre las ciudades que les han rechazado por ir de camino al templo rival de Jerusalén.

En segundo lugar, Jesús reclama como condición la *pobreza*: seguir a un Maestro pobre, que elige la pobreza como camino de libertad. Le indica a quien pretende seguirle que no se llame a engaño, él predica la bienaventuranza de la pobreza, la renuncia al ídolo del dinero. Servir al dinero es sufrir una forma dura de esclavitud. Con la expresión "deja que los muertos entierren a los

muertos", Jesús indica que no se puede perder el tiempo en enterrar a tantos muertos que nos ligan con el pasado. La frase "el que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás no es digno de mí", que dirige al que pide tiempo para despedir a su familia, tiene, por supuesto, un sentido metafórico. Jesús le invita a romper con el pasado y a seguirle a él, que es la vida, el futuro de esperanza y, por lo tanto, no debe dejarse atrapar por los "muertos", los que todavía viven en la muerte del pasado, pues no se puede colocar vino nuevo en odres viejos ni echar un remiendo nuevo en un vestido gastado.

Jesús replica al tercer candidato: "El que pone la mano en el arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios"; con ello señala que el seguimiento implica una decisión radical. No se puede ser del Reino y del mundo (Jn 17,14). No se puede ser cristiano en el templo y pagano en la vida cotidiana. Como alguien decía acertadamente, "Cristo necesita cristianos todos los días de la semana, no sólo de domingos".

Jesús habla de totalidad: "Amarás al Señor con *todo* tu corazón, con *toda* tu alma, con *toda* tu mente" (Mt 22,37-40). No se pueden separar unos tiempos, unas ocupaciones, unos ritos y unos ratos para Dios y, luego, vivir a impulsos del capricho. *Todo y para siempre*, como sucede con los grandes amores. He aquí un mensaje apremiante para muchos contemporáneos nuestros tan amigos de lo provisional.

(C)

El Evangelio empieza diciendo que, cuando Jesús ya sabía que le quedaba poco tiempo, tomó la decisión de ir a Jerusalén, donde tenía que morir. En todo ese largo viaje hacia Jerusalén hay en Jesús una urgencia pastoral porque hay mucho por hacer y le queda poco tiempo. Parece que Jesús había ido haciendo llamadas a colaborar en su tarea de hacer un mundo más humano y más fraterno, según los planes de Dios. La mies era mucha y Jesús tenía prisa. Sentía urgencia y buscaba trabajadores.

Seguramente en aquellos momentos ocurría lo que ocurre ahora: que unos pocos estaban dispuestos a colaborar y se preocupaban

por trabajar en las tareas de Jesús, pero otros muchos no terminaban de decidirse. Incluso cuenta el evangelio que hubo un pueblo de Samaría que ni siquiera quiso recibir a Jesús. Santiago y Juan se enfadaron mucho y pedían un castigo terrible contra ese pueblo. Jesús les regañó porque la fe en Dios es algo voluntario que no se puede imponer a quien no lo quiera. Si esto tan sencillo lo hubiéramos tenido en cuenta a lo largo de la historia, nos hubiéramos evitado muchas guerras de religión y muchos sufrimientos. Ahora también hay muchas personas que rechazan la fe y nosotros no podemos pedir que baje fuego del cielo contra ellos. Sabemos que Jesús siempre llamaba y buscaba voluntarios. Algunos voluntarios fueron apareciendo. Uno dijo a Jesús: «Te seguiré adonde quiera que vayas». Nosotros ahora no sabemos cómo era esa persona, pero, por la contestación de Jesús, podemos pensar que estaba acostumbrado a una vida cómoda. Le dice Jesús: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza». Jesús quiere enseñarle que ser cristiano no es ir de señoritos por la vida. A veces hemos visto barrios de ciudad con buenas iglesias y gentes elegantes que van a misa, pero no hay nadie que trabaje con los niños, a los pobres no los conocen o nadie se preocupa de los inmigrantes, los toxicómanos, los enfermos o los parados. Ése no era el estilo de Jesús. Nuestras parroquias han de tener las puertas bien abiertas para trabajar duro, y tendremos que hacernos a la idea de que el cristianismo no está hecho para gentes que sólo buscan comodidades y buena vida.

Otro, antes de marchar con Jesús, necesitaba tiempo para enterrar a su padre. Jesús le dijo algo muy duro: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios». Jesús quiere decir que la tarea de anunciar el Reino es muy urgente y está por delante de cualquier otro deber humano. Cuando algo nos impide vivir con intensidad el cristianismo o nos esclaviza o nos quita ideales evangélicos, necesitamos oír la voz de Jesús, que nos dice: deja a los muertos que entierren a sus muertos; es decir, deja a las gentes vacías en sus aspiraciones banales; deja los juegos estúpidos de gentes satisfechas; deja los entretenimientos burgueses de gentes sin horizontes cristianos. Tú ponte a trabajar en la parroquia, en el pueblo, en la vida de cada día.

Otro más se ofreció también a marchar con Jesús, pero parece que había cosas que aún tiraban de él. No estaba seguro. No estaba decidido del todo. Antes deseaba despedirse de su familia, como hizo Eliseo cuando recibió la llamada de Elías. La familia es, sin duda, muy importante, pero no es Dios. Jesús es más exigente que Elías. Buscaba trabajadores decididos, animosos, convencidos, dispuestos a trabajar duro sin volver la vista atrás. Todas estas cosas que cuenta el evangelio, a nosotros ahora nos pueden servir para ver cómo son nuestras respuestas a la llamada de Dios.

(D)

Hace unos meses contemplaba uno de esos programas del Discovery. La verdad que me encanta la naturaleza y sobre todos los animales. Ese día trató sobre las mascotas. Esos lindos animalitos que, con frecuencia, sólo les falta hablar. Y cuál fue mi sorpresa cuando el comentarista decía: “Cuidado con los gatos mascotas. Son maravillosos. Pero nunca olviden que en el fondo son unos tigrillos domesticados. Fíjense en sus posturas y actitudes cuando quieren cazar algo. Las mismas del tigre”. Me viene a la memoria esta experiencia, al leer el evangelio de este domingo 13 del ordinario del año, al ver la reacción de los discípulos contra aquellos samaritanos que se negaron a recibir a Jesús.

¿Alguien se imagina a Juan o Santiago llenos de rabia? ¿A caso no es Juan el discípulo bueno, el amado y preferido de Jesús, el que parece todo corazón y el que tanto nos hablará luego del amor? Y sin embargo son ellos dos los que se acercan a Jesús a preguntarle: “Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con todos ellos?”. “Jesús se volvió y les regañó”.

El corazón humano está lleno de misterio. Misterio de amor y de odio. De bondad y de maldad. De mansedumbre y de rabia. De generosidad y de tacañería. Incluso el corazón de los buenos.

¿Quién no lleva dentro un corazón lleno de violencia?

¿Quién no lleva dentro un corazón capaz de destruir?

¿Quién no lleva dentro un corazón capaz de matar?

Y lo curioso es que no dicen nosotros vamos a incendiar el pueblo. Piden que sea el cielo quien envíe ese fuego destructor. Y esto con el asentimiento del mismo Jesús al que tratan poner de su parte.

¡Cuántas cosas se han hecho en la historia en nombre de Dios!
¡Cuántos crímenes a título de fidelidad a Dios!
¡Cuántas marginaciones a título de fidelidad a la verdad!
¡Cuántas esperanzas marchitas en nombre de Dios!
¡Cuántas divisiones en la Iglesia a título de fidelidad!

En el fondo, no dejamos de ser también nosotros, creyentes y todo, gatos y mascotas domesticadas, que en cualquier momento, damos un zarpazo y herimos al hermano. Y no lo hacemos por malos. Lo hacemos como expresión de nuestro celo por Dios y por el Evangelio. Lo hacemos pensando que nuestro fuego no es fruto de los fósforos sino que es un fuego divino, fuego “del cielo”. ¡Al mismo Cristo lo crucificaron en nombre de Dios! A Dios le hacemos mucho más daño haciendo de él una falsa presentación, que negándolo como ateos. El ateo no deforma a Dios. Sencillamente lo niega. Pero cuando los creyentes presentamos un Dios que justifica los disparates que hacemos, que justifica nuestras injusticias, o justifica nuestras segregaciones raciales, o incluso nuestras enemistades, o mandamos callar al que busca la verdad y el cambio, le estamos haciendo un muy pobre favor, porque estamos cerrando el camino a muchos que lo andan buscando con sinceridad.

Tendríamos que recordar lo que dice el Concilio Vaticano II: “Por eso, en esta génesis del ateísmo puede muy bien suceder que una parte no pequeña de la responsabilidad cargue sobre los creyentes, en cuanto que, por el descuido en educar su fe o por una exposición deficiente de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral y social, en vez de revelar el rostro auténtico de Dios y de la religión, se ha de decir que más bien lo velan”. (GS n 19)

Jesús les regañó porque:

Jesús es invitación, no obligación.
Jesús es llamada, no imposición.
Jesús es gracia, no ley.
Jesús es libertad, y no coerción.

La fe no se impone por la fuerza.
El seguimiento no se impone por la violencia.
La aceptación no se impone por la amenaza.
El camino de Jesús es diferente: “no se trata de hacer sufrir a los demás, sino de asumir de una manera salvadora el propio sufrimiento; no se trata de arrancar lo malo, sino transformarlo por la cruz en bueno”.
“Y se marcharon a otra aldea”.
Jesús ya les dio su oportunidad. Era su misión.
Jesús ya les dejó la semilla. Era su quehacer.
El verdadero celo por Dios y por el Evangelio no es imponerlo por la fuerza.
Es ofrecerlo.
Es dar oportunidades.
Es respetar libertades.
Y luego saber esperar...

(E)

La escena es significativa. Los samaritanos, pueblo hostil a los judíos, rechazan a Jesús y le niegan la hospitalidad acostumbrada. La reacción de Santiago y Juan es rápida: "Señor, ¿quieres que mandemos fuego del cielo que acabe con ellos?". Jesús les reprende y los invita a marchar a otra aldea.
Muchas veces los cristianos no hemos sabido ver algo que *M. Gandhi* descubrió con gozo al leer el evangelio: la profunda convicción de Jesús de que sólo la no-violencia puede salvar a la humanidad.
Después de su encuentro con el evangelio, *Gandhi* escribía estas palabras: "Leyendo toda la historia de esta vida... me parece que el cristianismo está todavía por realizar... Mientras no hayamos arrancado de raíz la violencia de nuestra civilización, Cristo no ha nacido todavía".

La vida entera de Jesús ha sido, desde el principio hasta el fin, una llamada a resolver los problemas de la humanidad por caminos no violentos.

La violencia tiende siempre a destruir. Lleva dentro de sí misma la tendencia al exceso. Pretende solucionar los problemas de la convivencia humana arrasando al que considera enemigo, pero no hace sino poner en marcha una reacción en cadena que no tiene fin.

Jesús urge a "hacer violencia a la violencia". El verdadero enemigo del hombre hacia el que tenemos que dirigir nuestra agresividad no es el otro, sino nuestro propio "yo" egoísta, capaz de destruir a quien se nos oponga.

Es una equivocación creer que el mal se puede detener con el mal y la injusticia con la injusticia. El respeto total a cada hombre y cada mujer, tal como lo entiende Jesús, está pidiendo un esfuerzo constante por reducir progresivamente la mutua violencia para ir extendiendo la cooperación, el diálogo y la búsqueda común de la justicia.

Los cristianos hemos de preguntarnos por qué no hemos sabido todavía extraer del evangelio todas las consecuencias de la "no-violencia" de Jesús ni le hemos dado el papel central que ha de ocupar en la vida y la predicación de las Iglesias.

Paradójicamente, han sido los países de tradición cristiana los primeros en hacer posible el deseo de los discípulos. Ya tenemos sobre nuestras cabezas ese "paraguas nuclear" que puede hacer bajar fuego del cielo y arrasarnos a todos.

Tal vez, uno de los mayores pecados de las Iglesias actuales sea el no promover e impulsar con fuerza y convicción un movimiento de no-violencia que vaya desarrollando una cultura diferente de la que están imponiendo hoy los profetas del armamentismo y el "equilibrio del terror".

(F)

Cuando nacemos Dios nos regala como una caja vacía: es la vida que tenemos que llenar de buenas obras siguiendo el ejemplo de Jesús.

Si viviéramos quinientos años, aunque nos equivocáramos en los cien primeros años, todavía nos quedaría tiempo para cambiar. Y si de nuevo nos volviéramos a equivocar, todavía nos quedarían otros muchos: trescientos, doscientos, cien...

Pero no; la vida es muy corta. Las horas no se detienen.

Se suceden rápidamente unas a otras y no tienen retorno. Nos parecemos a esas cartas que llevan sellos de urgencia; son cartas que no se detienen hasta llegar al lugar de su destino.

El que no llena de obras buenas las horas, los días de su vida, se parece a un hombre que ve con tristeza cómo su calendario, del que a diario arranca una hoja, se va reduciendo cada vez más.

Mientras que el que llena de obras buenas las horas, los días de su vida, se parece al que va arrancando las hojas del calendario y las va archivando con alegría, porque en ellas va apuntando todo lo bueno que hace en la vida. Y esto es todo un tesoro que puede presentar ante Dios. Esto es lo que le da gran tranquilidad de conciencia, una gran paz interior.

El famoso doctor y escritor austríaco Frankl estuvo prisionero en uno de los campos de exterminio durante la II Guerra mundial. Él y un amigo habían decidido huir de aquel campo; y dice lo siguiente: «Pasé una última visita rápida a todos mis pacientes que, amontonados, estaban tendidos sobre tablones podridos a ambos lados del barracón. Me acerqué a un paisano mío, ya casi medio muerto y cuya vida yo me empeñaba en salvar a pesar de su situación. Parecía que se daba cuenta de que yo me iba a escapar, y con la voz cansada me preguntó: ¿Te vas tú también? Yo se lo negué, pero me resultaba muy difícil evitar su triste mirada. Era una mirada suplicante. Salí corriendo del barracón y le dije a mi amigo que no podía irme con él, que me quedaba. Me volví al barracón, me senté a los pies de mi paisano y traté de consolarlo. Jamás tuve una paz interior tan grande».

Hermanas y hermanos. Hay muchos que están devorados por la fiebre de los negocios, de la política, de los deportes, de los placeres, del pecado.

¡Cuántos esfuerzos, cuántos trabajos, y todo para conseguir cosas transitorias, cosas que se nos escapan de las manos y las lleva el viento!

Nosotros necesitamos muchas cosas para vivir; pero lo más importante es lo que tiene un valor permanente, lo que vale para la vida eterna. En la eternidad no nos van a preguntar por lo que dejamos. Nos preguntarán por lo que llevamos; y lo mejor que podremos llevar es que, como nos pide san Pablo en la segunda lectura de hoy, nos sirvamos los unos a los otros por amor.

P. Juan Jáuregui Castelo